
CELEHIS–Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas.
Año 22 – Nro. 26 – Mar del Plata, ARGENTINA, 2013; 167–182

La construcción de la reputación autoral en *El lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandera

Virginia P. Forace

Universidad Nacional de Mar del Plata - Celehis - CONICET

Resumen

Este artículo propone abordar *El lazarillo de ciegos caminantes. Desde Buenos Aires hasta Lima*, a partir del análisis de sus aspectos discursivos y relacionar lo literario con la función política que la obra pretendió. La falsa atribución autoral –lo firma Concolorcorvo, pero su autor verdadero es Alonso Carrió de la Vandera– y la estructura dialogal que la caracterizan son recursos que, si bien funcionan en distintos niveles, responden a una misma intención retórica: edificar al visitador como una figura con autoridad para opinar sobre la realidad colonial.

Palabras clave

Alonso Carrió de la Vandera - Concolorcorvo - ficción autoral - reputación autoral.

Construction of an Author's Reputation in El lazarillo de ciegos caminantes, of Alonso Carrió de la Vandera

Abstract

This paper proposes work *El lazarillo de ciegos caminantes. Desde Buenos Aires hasta Lima*, through the analysis of their discursive aspects and link the literary elements with the political function that the text intended. The false author – it said Concolorcorvo, but its true author is Alonso Carrió de la Vandera– and the dialogical structure that characterize it are assets that, although they work in different levels, respond to the same rhetorical intention: to make that Carrió de la Vandera become an authority figure who can express a valid opinion about the colonial reality.

Keywords

Alonso Carrió de la Vandera – Concolorcorvo – fictional author – author's reputation.

I.

Años de investigación crítica sobre *El lazarillo de ciegos caminantes* nos han dejado algunas certezas respecto de este texto clásico en los estudios hispanoamericanos: los arduos debates sobre la autoría de Alonso Carrió de la Vandra han quedado suficientemente zanjados en la década del '50 gracias a los reconocidos trabajos de José Torres Revello, Federico Mojardín, José Real Díaz (Carilla 1976), y, posteriormente, con los de Marcel Bataillon y Emilio Carilla (Pupo-Walker; Altuna); similar resultado ha tenido la dilucidación de los datos relativos a la primera publicación (lugar, año, imprenta), falseados por su autor en la portada, pero fijados en la actualidad en la imprenta de los "Huérfanos" de Lima entre el año 1775 y 1776 (Altuna). Asimismo, las discusiones sobre su género textual —descontando algunas "interpretaciones aberrantes" que le adjudicaron carácter novelesco y/o picaresco— han concordado en definirlo como libro de viaje (Carilla 1976; Pupo-Walker; Altuna; Rodilla-León; Lorente Medina) o itinerario de viaje (Bataillon; Borello; Stolley 1992).

Si bien los problemas de la paternidad del texto, de los datos editoriales y del género han quedado resueltos, no ocurre así con el esclarecimiento del sentido de la ficción autoral, es decir, aún hoy, a pesar de ciertos intentos por clausurar la polémica, se mantiene viva la disputa sobre por qué Carrió de la Vandra adjudicó la autoría de su texto a Calixto Bustamante, alias Concolorcorvo. Las hipótesis al respecto son tan disímiles como los intereses y juicios que cada crítico ha volcado en la obra: algunos minimizan su valor artístico y eligen concentrarse únicamente en su carácter de testimonio de época (Bataillon; Pupo-Walker; Ocasio), mientras otros reconocen su valor literario y exploran su construcción retórica, sus fuentes literarias, sus licencias poéticas, sus anécdotas jocosas, etc., desde la relevancia que tuvo, en comparación

con otras producciones del periodo, en el campo de las letras (Carilla 1976; Lorente Medina; Gramuglia; Borello; Altuna).

Estos juicios diversos han impactado en las explicaciones que se dieron sobre el sentido de la ficcionalización autoral: algunos han comprendido que la creación de un autor ficticio se debió a los problemas políticos con el Administrador de Correos del Virreinato que le podría haber generado a Carrió de la Vandra firmar su texto (Bataillon; Pupo-Walker), mientras otros, como Emilio Carilla, desmienten esta explicación tan reducida (porque no hay opiniones tan “peligrosas” que impidieran la circulación de la obra) e interpretan la decisión como un recurso que le permitió atacar a sus enemigos y a la vez diluir las responsabilidades del ataque (1971; 1976).¹ También podemos mencionar a los que explican la caracterización de Concorlorcorvo y el peuso-diálogo que entabla con el visitador como una forma de asumir la realidad del mestizaje (Bataillon) o de expresar la compleja red de posiciones de los sujetos respecto del discurso metropolitano (Zanetti).

Creo que los acercamientos más acertados son los que tienen presente las características propias de la prosa en este periodo, es decir, que no reducen el texto a testimonio, sino que consideran también su materialidad discursiva. En este sentido, es de utilidad recordar lo que explica Karen Stoley:

La prosa del siglo XVIII en Latinoamérica comprende obras

¹ Carrió de la Vandra fue designado visitador de la Superintendencia de Correos y Postas para la ruta Buenos Aires-Lima en 1771. Los críticos mencionan que antes de terminar su viaje en 1773 ya se habían originado conflictos con el administrador de correos del virreinato José Antonio de Pando por ciertas decisiones tomadas por el visitador (Borello; Carilla 1976). Luego de la publicación en 1777 de un “Manifiesto”, esta vez firmado por Carrió, el conflicto adquirió mayor gravedad: Pando le inició un juicio y, como resultado, Carrió recibió la jubilación obligatoria en 1778.

que son hoy en día inaccesibles o que están fuera de moda en el sentido literario. El lector se encuentra a menudo con géneros marginales –el ensayo científico o filosófico, el diario de viaje– cuya literariedad es de alguna manera problemática, o con texto híbridos que se resisten a la fácil categorización genérica. (2006: 357)

Por lo tanto, lo que para lectores actuales resulta una “literariedad problemática” no lo fue para los receptores y productores del siglo XVIII; los discursos en boga eran los textos de carácter religioso –escritos contemplativos, sermones, elegías literarias–, las novelas epistolares, las meditaciones filosóficas, las obras historiográficas –historias locales, indígenas, etc.–, y los libros de viaje (con mayor o menor trabajo retórico), que combinaban aspectos testimoniales, políticos, científicos y artísticos. En todos los casos, el lector de estos textos no fue ya, como en los siglos anteriores, el monarca o una autoridad peninsular, sino un público mayor, el cual exigía como nuevo requerimiento que se combinara en las diversas variedades discursivas lo útil y lo entretenido.²

2 Elena Altuna explica con claridad la aparición de nuevos componentes: “si bien ellos continúan escribiendo como resultado de viajes de visita y, por lo tanto, son destinados a lectores «institucionales», el círculo de recepción amplía ahora notablemente, debido al interés creciente de los europeos por los relatos de viajes a países «exóticos» [...]. Esta coyuntura se conecta con un segundo aspecto: el relato de viaje deberá ser a la vez *útil y entretenido*; tales condiciones suponen una variante respecto del pragmatismo ético del siglo XVI, que vinculaba lo verdadero con lo útil y lo útil con lo moral. Ahora, esta última relación parece atenuarse por el influjo del utilitarismo ilustrado de la época; no se trata de acentuar lo moral del conocimiento, sino lo «político» del mismo: el conocer de modo claro y distinto posibilita una más eficaz clasificación y un mejor aprovechamiento de los recursos. [...] La utilidad derivada de una lectura placentera suscita en el público una adhesión que opera como mecanismo de identificación cultural con el viajero” (229, cursiva del original)

En este punto podemos ubicar a aquellos trabajos que adoptan la complejidad genérica y la mezcla entre lo serio y lo jocoso, como algo inherente de un texto de este periodo, sin extrapolar definiciones actuales de “literariedad” a un contexto en el cual aún no estaban divididas las esferas del saber.

De acuerdo con esto, deberíamos analizar la ficcionalización como un recurso intencional –ni accidental, ni defectuoso– que incorpora lo político y lo literario. Así lo entiende, por ejemplo, Rodolfo Borello, quien propone la existencia de una autoría compartida que permite a Carrió dividir responsabilidades: lo útil –distancia entre postas, caminos, opiniones sobre la conquista, etc.– pertenece a Carrió, lo entretenido –que podía restarle seriedad al texto y abrir el espacio a críticas– a Concolorcorvo; también en esta línea trabaja Enrique Rodrigo al señalar que el visitador utiliza esta estrategia para presentarse a sí mismo como modelo a imitar.

Ambos son antecedentes relevantes para comenzar a comprender la ficcionalización en y desde el propio texto; la propuesta de este trabajo busca profundizar esta orientación al considerar estos aspectos de forma imbricada –lo político en lo literario– y proponer que la ficción autoral y la estructura dialogal que caracterizan al texto son recursos deliberados, es decir, que responden a una intención retórica, y que son utilizados en conjunto por Carrió de la Vandra para instaurarse como figura con autoridad y legitimar así sus juicios sobre la realidad colonial.

II.

Dos zonas claramente diferenciables –que no coinciden con la división en dos partes que estructura el texto– pueden establecerse en *El lazarillo de ciegos caminantes*: una está constituida por el prólogo y la descripción del viaje desde Montevideo a Cusco (distribuidas irregularmente entre la primera y la segunda parte), donde el narrador predominante es

el amanuense indígena; la otra, correspondiente a las escenas de diálogo entre el visitador y Concolorcorvo, se ubica en el segundo segmento y en los apéndices finales, y la voz principal es la de Carrió de la Vandera. Este desequilibrio ha sido señalado por Susana Zanetti:

La dependencia del texto respecto de la voz de Carrió es tal, que de su presencia indirecta a través de los relatos que introduce Concolorcorvo, asistimos, a medida que avanza el texto, a una suerte de invasión que culmina en el diálogo final –el cual, por otra parte, ocupa casi la quinta parte del texto. La función tutelar del mentor, si no alcanza a paralizar la actividad de escritura de la alteridad, [...] parece sofocarla. (265)

Esta modificación en el predominio de voces se relaciona directamente con la ficción autoral, ya que el pasaje del discurso atribuido a Concolorcorvo hacia el pseudo-diálogo dominado por el funcionario permite al autor presentar una meditada imagen de sí de forma indirecta –ya que es el amanuense quien caracteriza elogiosamente a su señor–, para luego tomar el control de la palabra y expresar opiniones polémicas con respecto a la Conquista.

Una advertencia para el lector sobre este funcionamiento particular de las voces está sintetizada en el prólogo: allí se enuncia el carácter de mezcla entre lo útil y lo entretenido que caracterizará la composición –“soy peje entre dos aguas, esto es, ni tan pesado como los unos ni tan liviano como los otros” (5) –, se vincula el texto con una tradición escrituraria –el género de las relaciones y las historiografías, como las de Cosme Bueno–, se da una muestra de los aspectos serios –como la larga lista de consejos sobre cómo organizar el viaje– y de los jocosos –como la anécdota del español

y el indio que brindan frente a la cruz— que se hallarán en el libro, y se establece claramente la ficción autoral:

Yo soy indio neto, salvo las trampas de mi madre, de que no salgo por fiador. [...] Yo me hallo en ánimo de pretender la plaza de perrero de la catedral del Cuzco, para gozar de inmunidad eclesiástica, y para lo que me servirá de mucho mérito el haber escrito este itinerario, que, aunque en Dios y en conciencia lo formé con la ayuda de vecinos que a ratos ociosos me soplaban a la oreja, y cierto fraile de San Juan de Dios, que me encajó la introducción y los latines, tengo a lo menos mucha parte en haber parafraseado lo que me decía el visitador en pocas palabras. Imitando el estilo y éste, mezclé algunas jocosidades para entretenimiento de los caminantes, para quienes particularmente escribí. (13)

Concolorcorvo se presenta a sí mismo como el escritor responsable de la narración y delimita los receptores a quienes va dirigido el texto. Además, desarrolla un “proceso de autocaracterización” (Altuna: 197) que lo constituye como un sujeto inestable: si en las primeras páginas se había definido como “cholo” —“los cholos respetamos a los españoles” (5)—, ahora lo hace como “indio neto”. La referencia a las “ambiciones” del amanuense también debería servir como otro guiño para el lector contemporáneo respecto de falsedad de este ente narrativo, ya que a nadie se le ocurriría que un indígena letrado tuviera aspiraciones de “perrero” y mucho menos que le adjudicara a este trabajo la capacidad de dotarlo de “inmunidad eclesiástica”.

La indefinición y contradicción en la configuración del autor ficticio se acentúan en todo el libro: si, por un lado, se lo muestra como un sujeto letrado que tiene la capacidad de redacción suficiente para “parafrasear” al visitador, “imitar”

su estilo y servir como su amanuense, por el otro, se lo presenta como alguien poco educado –el visitador, por ejemplo, le reclama el que pronuncie y escriba “llovia y llover” (167)– que desconoce las convenciones literarias básicas a pesar de que “tuvo la misma crianza fuera de casa que el resto de los españoles comunes serranos, y siempre sirvió a europeos y no lee otros libros que los que están escritos en castellano” (167).³ El proceso de indefinición racial e intelectual se ve acompañado, además, por una autodescripción que acentúa no sólo las dudas respecto de su origen –por la sugerencia de raíces afroamericanas encubierta en el chiste de su “jeta”–, sino también su carácter jocoso:

El señor don Ignacio Fernández de la Ceval es, punto más o memos, tan alto como yo, que mido tres varas y media *por delante y otro tanto por detrás*. Confieso que su pelo es más fino que el mío, pero no tan poblado. En el color somos opuestos, porque *el mío es de cuervo* y el suyo de cisne. Sus ojos algo dormidos son diferentes de los míos, que se parecen a los del gavilán, y sólo convenimos en el tamaño y particular gracia que tenemos en el *rostro para destetar niños*. Su boca es rasgada de oreja a oreja, y la mía, aunque no es tan dilatada, se adorna en ambos labios de una *jeta tan buena, que puede competir con el rey Monicongo*. (181, la cursiva es mía)

Muchos críticos han señalado ya que los contemporá-

³ Con el mencionado desconocimiento de códigos literarios me refiero al episodio del capítulo XXVII, cuando Concolorcorvo así lo expresa: “no entiendo nada de la Arcadia y el Parnaso, ni de antaño y hogaño, allende y acuende, con otros términos, fábulas y figuras que Vm. me sopló, que recelo que se ha inventado de su cabeza para que estos limeños hagan burla de un pobre serrano, a que se agrega lo indio.” (223)

neos no desconocían que la autoría era de Carrió de la Vandera; como lo señala Bataillon: “Don Alonso recurrió a una superchería, capaz quizá de engañar lectores no avisados, pero no a las autoridades” (204).⁴ Es así que el texto asume su propio recurso y, como en estos casos, ofrece signos para arribar a esta conclusión.

La autoría compartida que se reconoce en el primer fragmento sirve como otra clave de decodificación porque la fuente de la información útil será el visitador –“haber parafraseado lo que me decía el visitador en pocas palabras”–, mientras que el amanuense se encargará de las “jocosidades”. En este sentido, podemos señalar cómo se exhibe la dinámica que funcionará entre Concolorcorvo y Carrió de la Vandera en la primera zona: por un lado, el indígena referirá todas las observaciones y consejos relevantes que éste le diga, elaborando una figura bien definida del funcionario; por el otro, el visitador intervendrá en el discurso del primero funcionando como un corrector: “Iba a proseguir con mi prólogo a tiempo que al visitador se le antojó leerle, quien me dijo que [...] si se alargaba más se diría de él: *Que el arquitecto es falto de juicio/ cuando el portal es mayor que el edificio.*” (14, cursiva del original)

La figuración del visitador por parte del amanuense desarrolla varios aspectos de aquél en su afán por delinear-lo como un sujeto experto. En primer lugar, lo caracteriza como un viajero versado en todo lo relativo a las rutas y el comercio en América: conoce las distancias, los precios y los insumos necesarios para la subsistencia, puede dar consejos sobre cómo hacer un viaje seguro y obtener buen servicio de

4 Como explica Elena Altuna: “en vida de Carrió y hasta el surgimiento de la república no se puso en duda su autoría; la «genealogía del error» se origina en el momento en que la cultura criolla se empeña en «nacionalizar» sus testimonios literarios, y se complica con posteriores reivindicaciones indigenistas.” (181)

los indios, sabe las mejores formas de atravesar caminos peligrosos, domina suficientemente las lenguas indígenas para poder explicar los topónimos, traducir los términos y narrar la historia de cada lugar. En segundo lugar, lo representa como un diestro comerciante: conoce todo lo relativo al comercio de mulas, puede aconsejar dónde ubicar los productos textiles mientras avanzan en el recorrido, y también hacer un recuento sobre los esclavos y las ganancias que éstos producen. En tercer lugar, lo describe como un excelente administrador y funcionario honesto: arregla las postas que presentan irregularidades, funda nuevas en zonas que son necesarias, cierra otras por abusos de los responsables, define nuevos precios para que sean justas remuneraciones por el esfuerzo de hombres y animales. Por ejemplo:

Estos *borrachos*, *alcaldes*, *regidores* y *alguaciles* se mantenían del *latrocinio*, porque cuatro días antes de la llegada de los correos detenían a los *miseros arrieros* varias mulas, con el pretexto del Real Servicio. [...] La detención en una estrecha quebrada causaba a estos *miserables* [...] una pérdida y atraso considerable. Muchos, y éste era el fin de aquella canallada, las rescataban por dinero, y los *pobrecillos pegujaleros* [...] que no podían rescatar sus mulas, las sacrificaban [...]. Esta consideración movió al visitador a suprimir esta *tiránica* posta (141, la cursiva es mía).

La exaltación del visitador se efectúa aquí por medio de un rodeo: primero se diseñan dos polos opuestos en cuanto a sus rasgos morales (los “borrachos” y ladrones versus los “pobrecillos” e inocentes) y su poder social (los “alcaldes, regidores y alguaciles” contra los “arrieros” y “pegujaleros”); luego, se correlaciona a Carrió con las víctimas de los abusos, colocándolo como defensor de la justicia y el orden.

En esta línea, también es construido como un hombre ilustrado y racional: conoce una variedad de lecturas historiográficas, literarias, e informes que fundan lo que Susana Zanetti ha denominado “un saber decir” (256); asimismo, analiza los métodos de doma de las mulas y exige mayor racionalidad para no desperdiciar los recursos, desmiente supersticiones –como los milagros de la virgen de Charcas– y elimina errores de conocimiento –como cuando identifica la verdadera fuente de enfermedad de las mulas–.

Por último, es presentado como un observador atento de la realidad colonial: observa las ciudades y su arquitectura como signos del desarrollo de cada sociedad; identifica los problemas administrativos que las aquejan por culpa de excesos de ciertos funcionarios; caracteriza los tipos humanos más representativos con sus vicios y virtudes; deduce problemas de cada zona y propone soluciones.

La completa caracterización que se hace del visitador de forma indirecta es lo que nos permite afirmar que el Carrió de la Vandera de la primera zona es un personaje creado, una ficción de segundo grado delineado por otro ente narrativo, pero mucho más inestable, es decir, por Concolorcorvo.

III.

La pregunta que queda pendiente aún es por qué se realiza esta compleja elaboración en la primera zona. Retomemos, como forma de ingreso, una certeza claramente enunciada por Pupo-Walker: “la obra está montada sobre la base de un diálogo tácito y a veces directo entre Concolorcorvo y el Visitador” (199); esta estructura dialógica se torna dominante en la segunda zona, donde la voz del funcionario se apodera del discurso y cambia el eje temático desarrollado hasta el momento. Allí se presenta una defensa de la Conquista –basante paradójica, porque los argumentos se los hacen decir

a veces al indígena— y se refutan las acusaciones realizadas hacia los españoles respecto del sistema de repartimientos, la esclavitud de los indios y las condiciones de trabajo en los obrajes. Podemos sugerir, entonces, que en la primera zona se construye una figuración meditada de Carrió para erigirlo como un sujeto con la autoridad para opinar sobre los asuntos americanos, atribución dada por su experiencia en la zona, su conocimiento de su realidad y su buen juicio demostrado en la resolución de conflictos. De esta forma, las sentencias expresadas se recubren en la segunda zona, cuando éste finalmente domina la palabra, de cierta legitimidad.

En este sentido, que el visitador se apodere de la narración después de Cusco no constituiría, como afirma Pupo-Walker, una “inconsistencia narrativa” (199); por el contrario, formaría parte de una estrategia de escritura que consiste en establecer primero la autoridad de un sujeto de forma indirecta, para que luego este sujeto exprese sus juicios avalado por esa autoridad.

Por otra parte, la composición del texto y la utilización de este recurso se explicaría también gracias a otro de sus rasgos centrales: la delimitación y apelación constante al lector, es decir, a los caminantes, funcionarios, compatriotas, y a todos aquellos que tienen intereses económicos, ideológicos y políticos en los asuntos que se tratan en el relato de viaje. Consideremos que no son ni los indígenas o ni los negros los que son convocados, sino los hombres blancos criollos y peninsulares, y también, los críticos de la conquista, contra-destinatarios previstos a quienes el autor responde de forma directa:

estos monsiures, o sea milords o ilustrísimos a la francesa, inglesa o italiana, sólo piensan en abatir a los españoles, publicando primeramente en sus brochuras, que pasan después a sus historias generales, ignorancias y defectos que cuasi

hacer creer a los españoles poco advertidos, y dar motivo a los sabios a un concepto injusto por falta de práctica de los ingenios americanos, que generalmente están reducidos a sus libros y particulares meditaciones. (155)

Hay aquí una intención de intervenir en la realidad vi-reinal, de desmentir los ataques contra la Conquista y justificarla no sólo en tanto empresa religiosa, sino también en cuanto pacto social: existe una jerarquía estricta de la cual los súbditos no pueden evadirse y una relación tutelar entre españoles e indígenas que no necesita alterarse. Se produce así, como afirma Karen Stolley, una politización de la empresa literaria (1992).

Para finalizar, cabría preguntarse cuánta conciencia tenía Carrió de la Vandera de que estaba realizando esta operación en su escritura; considero que el deseo de intervenir en su realidad fue una de las razones para la publicación de su libro; asimismo, creo que hubo una elección consciente de la estructura dialogal y de la ficción autoral, recursos que le sirvieron como medio para expresar sus opiniones de forma indirecta y para constituirse como voz autorizada. Por eso no es tan importante ocultar su identidad, como construirla, y para ello se utiliza una estrategia circular: el autor empírico construye al ente narrativo Concolorcorvo –difuso, inestable, jocoso–, quien a su vez define al personaje Carrió de la Vandera –experto viajero, comerciante, administrador y hombre ilustrado y racional–, el cual dota de autoridad a los juicios del visitador-autor para intervenir en los debates de la época.

Bibliografía

Altuna, Elena (2002). *El discurso colonialista de los caminantes (Siglos XVII-XVIII)*. Ann Arbor, Michigan: Centro de Estudios

- Literarios “Antonio Cornejo Polar” y Latinoamericana Editores.
En
- Bataillon, Marcel (1960). “Introducción a Concolorcorvo y a su itinerario de Buenos Aires a Lima”. *Cuadernos Americanos*. Año XIX. Vol. CXI (julio-agosto). México D.F. 197-216.
- Borello, Rodolfo (1982). “Alonso Carrió de la Vandera”. En Iñigo Madrigal, Luis (coord.). *Historia y Crítica de la Literatura Hispanoamericana*. Vol I. Barcelona: Crítica. 151-157.
- Carilla, Emilio (1976). *El libro de los “misterios”: el lazarillo de ciegos caminantes*. Madrid: Gredos
- (1982) [1971]. El misterio de *El lazarillo de ciegos caminantes*. En Bustos Tovar, Eugenio (coord.). *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas*. Vol. 1. 255-268.
- Carrió de la Vandera, Alonso (1985). *El lazarillo de ciegos caminantes. De Buenos Aires a Lima*. Barcelona: Biblioteca Ayacucho.
- García, Francisco (2005). “El libro de viajes, la figura del visitador y la reescritura literaria del acto jurídico en *El Lazarillo de ciegos caminantes*”. En *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura*. Nº. 14. Consultado en: www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v14/garcia.htm
- Lollo, María Soledad (2004). “Indicios de fronteras en *El lazarillo de ciegos caminantes*. Virreinato del Perú 1771-1773”. En Suárez, Teresa y Nidia Areces (comp.). *Estudios históricos regionales en el espacio rioplatense de la Colonia a mediados del siglo XIX*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Lorente Medina, Antonio (1985). “Introducción”. En Carrió de la Vandera, Alonso. *El lazarillo de ciegos caminantes. De Buenos Aires a Lima*. Barcelona: Biblioteca Ayacucho. IX-XXXV.
- Ocasio, Rafael (1997). “*El lazarillo de ciegos caminantes*, una visión de la organización social en el mundo virreinal”. En Foster, David y Altamiranda, Daniel (eds.), *Writers of the Spanish Colonial Period*. New York: Garland Publishing, Inc. 394-407
- Pupo-Walker, Enrique (1980). “Notas para una caracterización formal de *El lazarillo de ciegos caminantes*”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*. Vol VIII, nº 9. 187-209.
- Rodilla-León, María José (1997). “Lazarillos del Nuevo Mundo o las apreciaciones de un viajero ilustrado”. En *Varia Fortuna. Representaciones de la realidad en la literatura latinoamericana*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

37-52.

- Rodrigo, Enrique (1992). “«Un viaje algo circunstanciado»: el destinatario de *El lazarillo de ciegos caminantes*”. En *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Vol. 4. 21-27.
- Stolley, Karen (1992). *El Lazarillo de ciegos caminantes: Un itinerario crítico*. Hanover: Ediciones del Norte.
- (2006). “El siglo XVIII: formar narrativas, erudición y saber”. En González Echevarría, Roberto y Pupo-Walker (eds.). *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Del descubrimiento al modernismo*. Tomo I. Madrid: Gredos. 354-390.
- Lavrin, Asunción. (2006). “Cultura virreinal”. En González Echevarría, Roberto y Pupo-Walker (eds.). *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Del descubrimiento al modernismo*. Tomo I. Madrid: Gredos. 305-353.
- Zanetti, Susana (1999) [1995]. “La trama de las voces en *El lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vándera”. En Perilli, Carmen (comp.). *Las Colonias del Nuevo Mundo. Discursos Imperiales*. San Miguel de Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos-Facultad de Filosofía y Letras Universidad Nacional de Tucumán. 255-265.
- Zinni, Mariana (2012). “Viaje y relato o la forma del *bildungs* en *Lazarillo de ciegos caminantes*”. *Barroco*. Vol. 6.2. Consultado en http://revistabarroco.com/vol_62